

## ADELANTO

# La inmensidad rusa en el tiempo y el espacio

POR ALEXANDRE KLUGE

**La sed de conocimiento viene de la curiosidad, no de un deber (no de una doctrina de la virtud), y surge de contar historias. empiezo a contarlas antes de saber nada.**

Contando historias de un país que me es ajeno puedo acercarme a todo lo que me confunde de mi propio país y que no entiendo de mis experiencias inmediatas. Eso opinaba el dramaturgo Heiner Müller. Conocía Rusia tanto y tan poco como yo. Hay un gran misterio al Este de nosotros, decía: un gabinete de curiosidades, lo que necesitamos paradescribir una frase clásica: "Solo sé que no sé nada".

## Utopía=en ningún lugar

Los días más calurosos del verano mis hijos se derriten en Berlín. El calor del continente se concentra en los adoquines de la ciudad. Mi hija (no puedocrear que llame de la misma manera –"hijita"– a la criatura que tenía el tamaño de unos puños cuando vio la luz, a la niña que alcanzó el metro de altura y al ser humano adulto que es hoy) está sentada en la isla de edición, edita su primer largometraje. Ella y mi hijo, dos años menor, me escuchan repetir cosas sobre la alfabetización en Rusia. También les hablo de los comienzos de la aeronáutica en la joven Unión Soviética, del hogar de niños experimental de orientación psicoanalítica creado por Wera Schmidt, de los biocosmistas, de *Estrella Roja*, la novela de Bogdanov. Mis hijos son amables conmigo, no quieren que me ponga de mal humor, están deseando que diga todo lo que tengo para decir, que termine con el tema. Les pregunto si conocen, en nuestro tiempo y nuestro Tierra del siglo XXI, algún lugar donde se esté proyectando un "hombre nuevo", donde se esté construyendo un NUEVO TIEMPO. No responden, una campaña de alfabetización no les interesa, menos una de hace cien años. ¿Habría tenido éxito en 1917 la inauguración de una agencia matrimonial del Imperio Alemán y la Rusia Roja?, pregunta mi hija en respuesta. No sé qué decirle. La pregunta no responde si ¿habrá un horizonte utópico en la segunda década del siglo XXI?

## El lugar donde escribo

Si abro las dos hojas de la ventana de mi ático en el castillo de Elmau, veo un barco de nubes en formato 4:3 = blanco en el azul del cielo sobre una montaña boscosa de colores saturados. El castillo de Elmau se inauguró en 1914. Desde entonces, el lugar está poblado. La historia contemporánea es la vara con la que medir el espacio. El tiempo "Rusia 1917" sig-

nifica aquí "tres años de existencia de esta casa". En esa época, caras largas en Alemania. En Rusia, en cambio: administración revolucionaria, simpatía creciente hacia la Revolución, refugiados, guerra civil –circunstancias, hoy como ayer, ajenas a este lugar donde escribo. Solo una vez hubo contacto entre el castillo y la inmensidad de Rusia: cuando los hijos del señor del castillo, caídos en 1941, fueron traídos de regreso en ataúdes de madera y enterrados en las colinas boscosas.

## Un caso afortunado para el mundo de la vida

Frente a mi ventana, una madre mosquito arrastra su huevo, que es el doble de grande de lo que vendría a ser la "panza", el segmento medio de su cuerpo. Toda dote, todo futuro de esa especie se concentra en el almacén de reservas que es ese "huevo grande". El mosquito hembra llega al vidrio de la ventana, pero no puede dejar su carga ahí. No es un escondite posible, no sirve para almacenar nada, no tiene ni un agujero. La superficie tan lisa hace que la madre animal se desorienta. Aunque no le molesta tirar del huevo pesado, se la ve agitada, está agotando sus fuerzas. Sobre el vidrio, un progreso de los constructores de casas humanas que el animal no entiende, pierde su capacidad de discernir entre direcciones posibles. No tiene problema en cargar el línea vertical la pesada cosa del futuro, pero la superficie transparente hacia arriba y abajo confunde sus sentidos. Pasa minutos haciendo círculos, dibujando diagonales. Estuvo juntando fuerzas todo el verano. Todo en esa madre mosquito "quiere" encontrar un escondite para el tesoro, que ya cuelga de ella como una carretilla gigante, enganchada del extremo de su cuerpo: un agujerito, un vacío en el progreso, una fisurita donde dejar caer el huevo. Así ella, la madre animal, podría morir tranquilamente. El algoritmo de la ventana no contempla el impulso del animal. Después de algún tiempo (en el caso de un insecto esto es toda una vida) pienso que las fuerzas del animal se habrán agotado, o que estará muerto. O se habrá quedado duro por la desesperación. Sin embargo, más tarde veo que la larva ha caído con su madre sobre el alero. Ahí está el huevo, feliz dentro de un caño: de ahí se escurrirá la larva, ardiendo de energía, un contra-algoritmo especial (anti-maquinal).

En: Alexander Kluge, *Russland-Kontainer*. Suhrkamp Verlag, 2020. Anticipo publicado con autorización del autor. Traducción de alemán: Carla Imbrogno



**portamiento de los virus, ¿pero no es complicado intentar ser científicos mientras vemos las imágenes de fosas comunes en Nueva York o en Manaos?**

–No creo que se trate de ser científicos, pero podemos poner en contexto nuestro tiempo. Tenemos la plaga que azota Atenas durante la Guerra del Peloponeso; la gente

huyendo de la peste en la Toscana y confinándose en las montañas mientras Boccaccio escribe *El decamerón*, que a su vez inspira a Shakespeare; la gripe española; la garrá de la tuberculosis, que deja convaleciente a Kafka o de la que habla *La montaña mágica* de Thomas Mann; tenemos a Hegel, que murió de cólera por comer uvas frías



Orpheus en Manila (2020).



Máscara usada en Orpheus. Gentileza DCTP

en invierno. Durante esa epidemia el estado prusiano intentó cerrar sus fronteras (como lo están haciendo muchos países ahora) pero faltó cerrar los canales y el cólera llegó a Berlín en barco. La mujer de Hegel y los académicos de la universidad, esos grandes buscadores de la verdad, quisieron encubrirlo: el gran hombre, el erudito, no podía terminar tapado de cal en una fosa común con todos los demás, así que dijeron que no era cólera, y la mujer hasta lo abrazó –¡qué peligro!– para demostrar que no era cólera. Ahora el gran hombre está enterrado a 80 metros de donde tendré mi propia tumba en el cementerio de Dorotheenstadt, en Berlín. Mi hermana ya está ahí. Como ve, todo esto remueve cosas muy elementales. Esto es el presente. Estamos en algún tipo de Titanic y tenemos que sacar las balsas.

–¿Es posible imaginar las verdaderas catástrofes?

–Lo que podemos hacer es poner a prueba la realidad, cuestionarla. Cuestionar si las islas de Robinson en las que vivimos, esas campanas de buceo en las que nos encerramos con nuestras ilusiones de seguridad, tienen algo que ver con la realidad. Es una dura crítica a la realidad la que emana de esta forma de inteligencia extraña. Existen tipos muy distintos de catástrofes y distintos tipos de respuestas. En algunos casos, la cuarentena es la respuesta; en otros, como un terremoto en Fukushima con catástrofe nuclear incluida, toca huir, como en Constantinopla, donde la cuarentena sería un error. El enfrentamiento de hace unos meses entre Rusia y Turquía en la región siria de Idlib me aterriza más que el virus, ¡y

pertenezco al grupo de riesgo! Sentir que jamás tenemos nada asegurado está mucho más cerca de la realidad que el fatal sentimiento de seguridad que tenemos mirando televisión un sábado a la tarde.

## –¿Y qué críticas le hace a nuestra realidad?

–Crítica es antes que nada percepción de la realidad. Pero no hablo en términos morales. Podemos cuestionar nuestras costumbres, qué tipo de películas queremos ver realmente o si deseamos volver a ir al cine después de esto. Estamos descubriendo formas de cercanía más reales que muchas tantas ilusiones de cercanía. Estamos siendo reseteados, y eso tiene un carácter desafiante. Esta situación tiene para mí algo de 'hora cero', como en Alemania en 1945.

–El 2 de mayo de 1945 se cumplen 75 años del fin de la Segunda Guerra Mundial en Europa, ese día se rindió Alemania. En el contexto de esta crisis, usted se ha referido al bombardeo aliado sobre Halberstadt que vivió un mes antes, en abril de 1945.

–Sí. Pero también quisiera hacer referencia al hecho de la capitulación. Hice una película, *Frühling mit weißen Fahnen* [Primavera con banderas blancas]. Días después del ataque aéreo colgaban banderas blancas de las ventanas de Halberstadt. Las mujeres nos decían a los niños que si anudábamos sábanas y las colgábamos de las ventanas de las iglesias, los aviones no volverían. Nuestra esperanza de felicidad estaba puesta en que esas sábanas servirían de algo. Pero era un sinsentido, un bombardero jamás distinguiría nuestras sábanas, del mismo modo en que el general iraní de hace unos meses jamás hubiera podido rendirse an-